

Pronto pasó al lado del joven, quien la detuvo por un brazo.

Era Rosa.

Sorprendida, iba á gritar, cuando reconoció á Roberto.

—¡Qué susto me habeis dado! ¿Qué haceis á estas horas á la puerta de vuestro cuarto?

—Acabo de llegar. A tí es, Rosina, á quien hay que preguntar de dónde vienes. Ese coche que te ha traído, tu furtiva entrada por el jardín, ese sigilo con que andas; todo eso es muy misterioso!

—¡Es verdad!

—Algun amante, ¿no es cierto?

—Convengo en ello. Amo á una persona y soy correspondida. Ese es todo el misterio

—Eres muy bonita, y debes tener mucho cuidado, pues el amor es un peligroso juego para las jóvenes.

—¡Oh! no digais nada á la señora. ¡Ningun mal hago si no es á mí misma!—dijo entre sollozos la hermosa camarera.

—No tengas ningun temor, y duerme bien, si es que puedes. Pero, dime: ¿tienes confianza en tu amante?

—¡Oh, sí! Si el quisiera, pues es muy rico, podría tener otras más hermosas que yo, y me prefiero por amistad, no por otro motivo.

—Anda á acostar. Eres muy romántica. Mañana ú otro día me contarás tu historia. Pero repite lo menos posible esas escapatorias. Hasta mañana Rosina.

—¡Buenas noches, señor Roberto!

Y la doncellita se dirigió á su cuarto mientras Roberto entraba en el suyo tarareando el ária de las joyas del *Fausto*.

## XXV.

Dos meses pasaron.

La condesa estaba más fresca y encantadora que nunca. Era la dicha de la vida ambulante, una personificación de la felicidad.

Y en efecto, Gabriela era feliz.

Después de luchar contra una pasión que la habia dominado, y de revelarse contra una falta que la avergonzaba, terminó por adormecerse en una serena indiferencia y la costumbre impuso silencio á las quejas de su conciencia.

Seguia con tranquilidad la corriente y no hubiera hecho el más leve esfuerzo para volver á ocupar las alturas abandonadas y cuya pérdida no echaba de menos.

Su existencia estaba dividida en dos partes. La una amplia y sin parsimonia consagrada á su deber, que cumplía generosamente definiéndole del siguiente modo: hacer dichoso á su marido proporcionándole todas las alegrías posibles en sus últimos años.

La otra, corta y mezquina, componíase de los raros instantes que robaba al general para dedicarlos á su amante. ¡Horas que trascurrían velozmente, pero cuyo recuerdo, ó la esperanza de otras semejarles, abreviaban las semanas é imprimían al tiempo vertiginosa rapidez!

El capitán había olvidado las amenazas de la princesa.

Varias veces se habían encontrado, pero los frios saludos de la princesa y sus severas miradas le tenían á distancia.

La ruptura estaba convenida y firmada por ambas partes: la princesa renunciaba, por completo á su antiguo amante. La prescripción en lo que se refiere al amor, se adquiere muy pronto y el joven se felicitaba de su reconquistada libertad.

Una noche, en el teatro Francés, la vió sola en un pasillo.

Al notar la benévola sonrisa con que acogió su saludo se atrevió á decirle.

¡Que buena sois! ¿Me permitis que vaya un día á visitáros?

—No,—contestó.—Aquello terminó. Dejemos en paz á los muertos.

Sin embargo, Roberto no estaba tranquilo. Se sentía indigno de las bondades que recibía del general y no siempre veía con agrado las cariñosas bromas de su protector.

El conde mejoraba. Los hermosos días de mayo habían calmado sus dolores: se sentía rejuvenecido y completamente bueno.

Con su retiro había recobrado su ambicionada libertad, de la que se aprovechaba para acompañar á todas partes á la condesa.

La belleza de Gabriela llegó á ser proverbial. Como en Nantes, se la llamaba en París la hermosa Gabriela. A quella fué un éxito superior, y la confirmacion definitiva de una reputacion que siemore agrada á las mujeres.

Pontis estaba agregado al cuartel militar del ministro de la Guerra. De este modo el general podria conservarle á su lado.

Las cosas marchaban conforme á los deseos de todos.

Los de Branville poseian en Versailles hacia más de sesenta años, una preciosa casa de campo, conocida en toda la comarca con el nombre de *Bel Air*.

Aquella preciosa quinta fué construida por orden de Luis XV para una de sus favoritas. Las habitaciones estaban decoradas con exquisito gusto, ostentando en sus techos y muros valiosas pinturas.

La casa, situada en medio de bosques, tenía la fachada al camino de Garches. Durante el invierno estaba habitado por un jardinero y su familia que tenían cuidado del parque, de la casa y de los jardines.

Gabriela manifestó vehementes deseos de pasar algunos meses en aquella residencia. Esta fué la señal de una completa y rápida restauracion de la quinta de *Bel-Air*.

Un ejército de pintores y carpinteros, invadió aquel pequeño dominio, poniéndole en estado de recibir dignamente á su castellana.

Las avenidas y los paseos del parque quedaron despojados del musgo y de los abrojos que los obstruian, perdiendo la apariencia de selva salvaje que antes tenían; los árboles fueron podados, despojándolos de lo superfluo, los

jardines se llenaron de plantas de todas clases y los tiestos se cubrieron de flores.

En quince días fue devuelta á la vida, aquella soledad.

El agua comenzó á murmurar en los estanques y fuentes de mármol. Los artísticos y valiosos muebles de las habitaciones fueron desnudados de las fundas que les preservaban del polvo, dándoles la triste apariencia de muertos amortajados.

El 20 de mayo se encendieron las cocinas, y toda la servidumbre del general se trasladó de la calle de Courcelles á la quinta del Grand Bel Air.

Únicamente se quedaron en París los porteros y el capitán, que por su cargo en el ministerio no podía ausentarse.

Sin embargo, se había convenido que de vez en cuando iría por las noches á comer á Versalles.

Inútil es decir que todo aquello había sido dispuesto por la condesa.

De aquella manera podía, imaginando pretextos que nunca faltan á las esposas criminales, ir á París, dar satisfacción á Roberto y atenuar los pe igros comunes.

Tenia también en su favor la vida, por partida doble, del campo, tales como los paseos retirados por el parque, las citas en ciertos pabellones, los éxtasis en los paseos sombríos, excursiones á caballo ó en coche por los bosques de Versalles ó de Ville d'Avray, menos frecuentados que los paseos, siempre llenos de coches y paseantes, del Bosque de Bolonia.

La condesa, más libre que en París, donde no se atrevía, delante de Roberto, á tener cier-

tas familiaridades con su esposo, llenaba á este de cuidados y demostraciones de ternura. Gabriela no le engañaba.

Sentía por aquel hombre, tan digno y dulce, una profunda y respetuosa amistad. Había momentos en que tal vez hubiese declarado su falta si la exquisita sensibilidad de su naturaleza no la persuadiese de que, en vez de uno, hacía dos dichosos, y que, en suma, su marido no sufría de un mal cuya existencia ignoraba.

En realidad sólo sacrificaba su reposo. Gracias á sus solícitos cuidados, estaba segura de que ningún ser en el mundo, como el general, vivía bajo un astro tan clemente.

Por un fenómeno bastante frecuente, el amante había unido la mujer al esposo con mayores vínculos de intimidad, y es probable que sin esta satisfacción, la vida del general no hubiera sido tan placida y el carácter de la condesa ménos fácil y acomodaticio.

Aquella calma fué interrumpida por el incidente que vamos á relatar.

Una mañana, apoyado en el brazo de Gabriela, se paseaba el general por el parque.

Los árboles estaban poblados de pájaros y de nidos. Sus ramajes formaban originales naves como las de las catedrales del siglo XV. El lso pasaba con dificultad á través de aquellas bóvedas improvisadas por la naturaleza y sus rayos lanzaban, á intervalos, bandas luminosas sobre la arena aún húmeda por el rocío de la mañana.

Por todas partes la vegetación era muy adelantada.

Geránios y gramíneas de todas especies, flo-

recian sobre el césped, y los capullos de rosas comenzaban á brotar.

En ninguna otra estación del año ofrece el campo un atractivo tan embriagador y expléndido.

El general acarició con sus labios los cabellos de la condesa, que caminaba indolentemente á su lado.

—¡Qué hermoso es —decía el general— vivir en semejante estación! Es la tuya. ¡Mi primavera está muy lejana! La recuerdo con pena. ¡Qué será de tí cuando yo muera? Quisiera tener la pujanza de Josué para impedir la marcha del sol.

—¡Oh, amigo! ese oficio está abandonado, y hoy apenas si se puede detener una diligencia.

—Más vale que lo tomes á broma.

—Vaya, vaya, nuestra vida no es tan larga para que ahora nos ocupemos de cosas tristes.

—Tienes razón.

El general anduvo algunos pasos en silencio.

—¿Tú no sabes lo que es haber sido joven y no serlo ya? Es haber sido fuerte, vigoroso, haber poseído la libertad, la fuerza. Ser viejo, es sufrir y verse confinado en un estrecho límite del cual no nos atrevemos á salir; es, por decirlo así, contar las oscilaciones del reloj, recordando á cada una que ya falta menos para cumplir nuestra condena.

—Guardad para el otoño todos esos tristes pensamientos, para cuando el viento despoje á los árboles de sus últimas hojas, y las campanas laceren el día de difuntos su lúgubre son. Hoy no se comprenden. Todo respira vida, alegría, felicidad.

—Tienes razón. ¡Más por qué me inspiras semejantes ideas?

Gabriela pareció no oír con agrado las últimas palabras del general.

—Te sorprende, ¿no es cierto? pues sin embargo, nada tiene de particular. Cuando yo era mas que general, no tenia otro cuidado que el de mi pellejo ó el de Roberto. Entonces nada me preocupaba. ¡Hoy ya no es lo mismo! No es por mí, sino por tí, que fuiste confiada á mis cuidados y á quien deseo conducir lo más lejos posible en el camino de la felicidad, donde plugo á Dios que caminásemos juntos. ¿Cuando yo falte, con quién irás tú? ¡Hé aquí lo que me inquieta!

—Sin razón ninguna. Contemos un momento. Tengo yo veintitres años. ¿Y vos?

—¡Setenta! —dijo el general con amargura.

—Todavía podeis vivir quince ó veinte años. ¿Os parecen muchos? Pues pongamos tan solo quince. Dentro de quince años tendreis ochenta y cinco y yo treinta y ocho. Seré una mujer madura por la razón y la experiencia. Ahora bien; ¿qué queréis que haga una mujer de treinta y ocho años, viuda de un marido lleno de bondades y delicadeza? Lo más natural es vivir tranquila y prudentemente, retirada del mundo. Eso es lo que yo haré. Más ¿á qué hablar de un tiempo que tal vez no llegaré á conocer?

El general escuchaba con arrobamiento aquella grave y melancólica voz.

—Hago mal —contesto— en dudar de la bondad de Dios, que me ha dado uno de sus ángeles para cuidarme.

Al revolver de una de las avenidas se en-

contraron con el ayuda de cámara del conde, que llegaba apresuradamente con un telegrama.

Aquel criado era un antiguo militar, de la misma edad que el conde y á quien servía desde los cuarenta años.

Bigote gris, cortado en punta, rostro enérgico de color de ladrillo, buena estatura, derecho como conviene á un viejo soldado reenganchado dos veces: éstas eran las señas de Jacobo Parin, nacido en uno de los pinares del Limosin cerca del castillo de Traignac.

Jamás trataba de comprender las órdenes, solo se preocupaba de cumplirlas.

Al llegar donde estaban los condes, se cuadró é hizo el saludo militar.

—¡Mi general, he aquí un telegrama que acaban de traer!

El general leyó en alta voz:

“El alcalde de Branville al general de Branville.

Versalles:

“Esta noche quemóse totalmente la quinta del castillo. No se ha salvado nada. Deseamos vuestra presencia.”

La quinta del castillo de Branville, dominio patrimonial del conde, estaba situada en el ameno y fértil prado de la Touque, próxima á Pont Léveque. Era la más rica de todas las propiedades que poseía el general.

—¡Una desgracia, querida Gabriela!—dijo el general.

—Desgracia fácil de remediar, puesto que no es más que una pérdida de dinero.

—Una nubecilla en medio de nuestra felicidad. ¡Y váis á marcharos!

—Sí. Ese viaje no tiene importancia, y me encuentro perfectamente bien.

—¿Queréis que os acompañe?

—No. El espectáculo de una quinta incendiada no tiene nada de alegre. Iremos á Branville cuando esté reconstruida. Tengo que consultar con el arquitecto, ver los nuevos planos...

—¿Y cuándo marchais?

—Esta noche. Tomaré el tren de Paris.

—¿Y vais á pasar la noche en el ferrocarril?

—No será la primera. Voy á contestar al alcalde, que es á la vez colono mío.

—Si queréis, yo misma llevaré el telegrama á Versalles.

El ayuda de cámara aguardaba á cuatro pasos de distancia las órdenes del general.

—Jacobó—dijo el conde,—que enganchen la victoria. La señora condesa va á salir.

El conde y Gabriela entraron en el castillo.

El acariciando el brazo bajo el suyo. Ella apoyándose percosamente en el de su marido.

Cuando la condesa, ataviada con su elegante vestido de terciopelo negro y una bonita capota, montó en el carruaje, el general la remitió la contestación.

En pocos momentos llegó el ligero vehículo á Versalles.

Parques y hoteles desfilaron rápidamente ante los ojos de la bella paseante.

Las ruedas del coche resonaron sobre el viaje empedrado de Luis XIV, y á los pocos minutos Gabriela se apeaba en la estación telegráfica.

La sala estaba solitaria.

Los empleados dormitaban agradablemente,

mientras llegaban los escasos visitantes.

Al ruido de los pasos de Gabriela, el empleado de servicio se despertó.

La condesa le entregó el telegrama del general.

Decía así:

“Alcalde de Branville, por Pont-Leveque.

—Urgente.

“Llego mañana. No desesperéis. Repararemos desgracia.

“BRANVILLE.”

Mientras expedían el anterior despacho, la condesa escribió otro.

“Capitan Pontis.—Ministerio de la Guerra.—Paris.

“El general sale esta noche á las diez para Pont-Leveque. Estará ausente veinticuatro horas.

“GABRIELA.”

Al subir á su victoria vió á Riozares que seguía el mismo camino, guiando un faeton tirado por dos caballos.

Saint-Remy le acompañaba.

Los jóvenes pasaron y saludaron á Gabriela.

—¿Estoy segura de que vais á Bel-Air?

—Precisamente,—contestó Riozares,—ibamos á visitaros.

—Sois muy amables y el general se alegrará mucho de veros. Está muy aburrido desde que le concedieron el retiro.

—Casi no lo creo.—Dijo Saint-Remy, haciendo un movimiento de cabeza que le era peculiar.

—La ociosidad le fastidia. Afortunadamente acaba de ocurrirle un accidente.

—¿Decís, afortunadamente?—Objetó Riozares.

—Sí, porque vá á proporcionarle alguna distracción.

—¿Y cuál es este afortunado accidente?

—Su hermosa quinta de Traignac ha sido pasto de las llamas.

—¿Pero es cierto?—Dijo Saint-Remy con aire compungido.

—¿Y tanto!

—Pues entonces es una distracción algo cara.

—¿Y venís de avisar por telégrafo á un arquitecto?

—No precisamente. He avisado que el general salía esta noche.

—¿Al capitan?—preguntó con viveza Riozares.

La condesa se inmutó y creyó que el marqués conocía su secreto.

—No, contestó;—al arrendatario; ya veis que no es lo mismo.

—Verdaderamente que no sé dónde tengo la cabeza para atreverme á interrogaros. Esos son detalles insignificantes.

—Vamos á almorzar—dijo Gabriela alegremente.—La hora se acerca y el cocinero es muy exacto.

Riozares contuvo sus caballos y dejó pasar delante, la victoria de la generala.

Al ver en su casa á Riozares y á Saint-Remy, el rostro del general se animó súbitamente, expresando una franca á la vez que sincera alegría.

—¡Mil diablos!—dijo, estrechando con cariño las manos de los dos jóvenes.—¡Cuánto me alegro de veros! Me daréis noticias de Paris...

—¿Pero es que no sabéis nada?

—¡Absolutamente nada! Leo algunas veces los periódicos, pero como uno dice blanco y el otro negro, es como si no supiese nada.

—Pues háce tres meses que se habla de la caída del ministerio y no se sabe por qué.

—¡Vaya un desbarajuste!

—Sed indulgente, ¡mi general!

—Es verdad. ¿Y hace mucho tiempo que no veis al bribon de Roberto?

—Sí. Parece que tiene mucho que hacer en el ministerio.

—O en casa de la princesa.

—Estais equivocado, mi general—contestó Riozares.—El capitán ya no vá al hotel de la Avenida de Antin, y apenas si se saludan cuando se encuentran.

—¡Bah!

—¡Como os lo digo!

—¿Pues qué mal viento ha soplado por aquel lado?

—Preguntádselo á las estrellas. ¡Las mujeres son muy volubles!

—¡Pechos!—objtó Saint Remy.—Hay muchos hombres que siguen ese camino.

El agradable són de la campana, que indicaba la hora del almuerzo, se escuchó en aquel momento.

El almuerzo, en el campo, es una de las comidas más alegres.

El general estaba de buen humor.

El incendio de la quinta le inquietaba muy poco.

Gracias á él, podría entregarse sin remordimientos, á los trabajos de reedificación.

Era una monomanía que había atacado á

todos los individuos de su familia y á la que no había podido entregarse hasta entonces, por sus muchas ocupaciones.

Saint Remy se burlaba con ingenio de aquellos gustos y la condesa le secundaba con alegría.

Después del almuerzo, el general manifestó deseos de marchar á Paris, donde tenía varios asuntos que arreglar. El marqués se ofreció á acompañarle, lo que no fué aceptado por el conde.

Cuando entraron en el salón, Rosa estaba preparando las tazas para servir el café.

Al pasar á su lado, Riozares la tocó ligeramente en un brazo.

La alegre camarera se sonrojó, y después de servir el café, abandonó la estancia.

—¡Ah! Si todas las bretonas se pareciesen á vuestra doncellita, sería el primero en ir á vivir allá.

—Pues qué ¿teneis algun proyecto acerca de Rosina?—preguntó maliciosamente la condesa.

—¡Oh, no! Sin embargo, si Rosina no estuviere bajo vuestra protección, correria algun peligro en la Sodoma en que vivimos.

—Rosa es una joven muy formal y se casará con un hombre honrado. Ese será su destino.

—¡Oh, ceguedad de las almas puras!—objtó Riozares con énfasis.

—¿Teneis alguna razón para dudar de la virtud de Rosina?

—Razones vagas, triviales consideraciones que no juzgo conveniente desenvolver en este lugar. Os las referiría, pero...

—Haceis bien en callaros—le interrumpió vivamente la condesa.

—Tened la seguridad—insinuó Saint Remy—de que antes de cinco minutos Riozares nos cantará lo que no se ha atrevido á decirnos.

—¡Ah! cantada y en italiano, gana mucho la moral—contestó Gabriela parodiando una célebre frase.

En efecto, á los pocos instantes el marqués se sentó, con estudiada indolencia, al piano, y después de varias escalas inciertas y probatorias, se volvió hácia la señora de Branville:

—Venid—la dijo—os lo ruego. No os arrepentireis.

—¡Qué fátuo sois!—replicó la condesa aproximándose.

Mientras esto pasaba en el salón, el general terminaba los preparativos de su viaje, ayudado por su fiel Jacobo.

—De modo—decía este último—que esa hermosa posesión se ha quemado.

—Completamente, mi buen Jacobo.

—¿Y no hay desgracias que lamentar? ¿El señor Marcelino, su mujer y todos sus bueyes y mulas se han salvado?

—Creo que sí. Ya lo veremos, porque tú me vas á acompañar.

—¿Y estaremos muchos días ausentes?

—Hasta mañana por la noche. No quiero dejar sola mucho tiempo á la condesa; se aburriría.

—Y luego, aunque Joel es un buen guardián, la señora tendrá miedo de estar sola.

Joel era un magnífico perro bretón, de gran alzada, parecido á los que sostenían los escu-

dos de los duques de Bretaña, y que tenía el privilegio de recorrer libremente por la noche el parque de Bel-Air.

—La condesa sabe que puede fiarse de Joel.

—Decídmelo, mi general—sin que esto sea curiosidad—¿por qué no hacemos todos un viaje á nuestro pobre país? La señora no tiene idea de aquel hermoso paisaje.

—¿Y qué quieres que hagamos en medio de aquellos salvajes? Como no hacemos... no hay otra diversión, y tú comprendes que...

—Sí, que la condesa se aburriría.

—Has acertado.

—En efecto, mi general, aquello es muy triste; pero yo quiero mucho á Traignac y no quisiera morir sin volver á mi pueblo.

—Es un deseo muy natural. Eres como los conejos, quieres volver á tu madriguera.

—¡Eso mismo, mi general! Me gusta el Limosin con sus pinares, sus cabras que balan, aquellas mujercillas delgadas guardando los carneros, sus prados donde las bandadas de liebres corren por todas partes. Aquello es pobre, feo y mezquino, pero á mí me gusta. París es muy bonito, pero yo me fastidio. Aquí, en Bel-Air, como llaman á esto, hay grandes árboles, verdes prados, hermosos paseos abiertos de fina arena, buen vino en la bodega, sabroso y blanco pan, y unas cocinas que harían regocijar á un canónigo: se duerme, se engorda, se está muy bien, y sin embargo de todas estas comodidades, tengo algunas veces ganas terribles de volver á mi aldea y... ¡os lo juro! si no fuera por vos, hace ya mucho tiempo que estaría muriéndome de frío en mi acabanía, donde comería un pan de centeno más

duro que una piedra, pero dulce como la miel, porque me recuerda todo lo que he amado.

El equipaje del general estaba terminado.

— Jacobo—dijo á su ayuda de cámara—haz que enganchen en seguida, y prepárate á acompañarme. Tenemos que hacer algunas compras.

Cuando la berlina se paró á la puerta del hotel, Gabriela insistió todavía en acompañar á su marido.

El general contestó que aquello seria una fatiga inútil, puesto que al día siguiente estaria de vuelta.

—Iremos juntos hasta París—objetó de Riazares—á no ser que nos dejéis atrás, pues vuestros caballos tienen gran reputación de ligeros.

—Si por modestia humilláis los vuestros—contestó el general—se van á vengar de vos y podréis creerlos muy feliz con que se contenten haciéndoos hacer una pirueta en un barranco.

En uno de los balcones, Rosa, levantando una cortinilla, contemplaba con apasionados ojos al marqués, que cambió con ella una sonrisa.

La pobre joven habia caído como un pájaro en la red de sus promesas.

No pensaba más que en él, y él no se ocupaba ya de ella.

Como que habia averiguado cuanto le hacia falta.

El general, después de haber abrazado cariñosamente á su mujer, se alejó, acompañado por los jóvenes, por el camino de Garches.

Gabriel le siguió con la vista hasta que desapareció el carruaje.

A las cuatro y media de la tarde el cupé del general entraba en el hotel de la calle de Courcelles.

Media hora después, Roberto, que aún estaba en el Ministerio, recibió una tarjeta del general, que decia:

“Te espero á comer á las siete y media en casa de Voisin.”

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

## XXVI

Riozares se encaminó á la Avenida de Antin.

La princesa estaba tendida en un sofá y leía (las rusas leen enormemente) una novela de Daudet, muy en boga en aquellos tiempos, titulada "Frommont jeune et Risler aîné."

Al ver al marqués cerró el libro.

—Os esperaba. ¿Qué habéis visto en Versalles?

—Un nido de rosas, de jazmines y lilas.

—Vamos á lo que importa. La condesa.....

—Está encantadora, y francamente, me recuerda la conciencia de hacer traición á una mujer tan amable.

—Vos no hacéis traición á nadie. ¿Tenéis la confianza de la condesa?

—No.

—Pues entonces esos escrúpulos son sin motivo y por consiguiente ridiculos.

—El conde se marcha esta noche á un viaje urgente, una quinta incendiada cerca de Trouville; pero es muy posible que su gran amor,

la pasión senil que tiene por su mujer, le haga volver mañana al domicilio conyugal. Así, pues, no hay que contar con esta noche.

—¿Dónde va?

—A Pont Leveque.

—¿Por qué estación sale?

—Por la de San Lázaro.

—¿A qué hora sale el tren?

—A las diez y cuarto.

—¿Estáis seguro?

—Completamente.

—¿Y el capitán?

—Está en Paris, y ya debe estar prevenido, pues me encontré á la condesa en el momento en que salía de la estación telegráfica de Versailles de depositar un telegrama urgente. ¿No queréis más informes?

—No.

—Me alegro.

—¿Per qué?

—Porque no tengo más que comunicaros.

—Entonces, separémonos.

—¡Tan pronto!....

—Quiero estar sola.

—¿He cumplido bien mi promesa?

—No del todo mal.

—¿Cumpliréis la vuestra?

—No sé....

—Eso no sería leal.

—Amigo mío, habéis engañado á tantas mujeres, que si una de ellas se vengase de vos....

—Sois muy noble para que faltéis á vuestra palabra. Una pregunta. ¿Qué vais á hacer con todos los detalles que os he comunicado referentes á las idas y hechos de la generala y del capitán Pontis? ¿Un periódico?

—Nada os importa. Me estorbáis. Dejadme sola.

—Consiento, con tal de que me otorgueis algún adelanto.

El marqués contemplaba á la princesa con una expresión á la vez fina y ridícula, que ésta no pudo menos de sonreír.

—Tomad,—le dijo al mismo tiempo que le presentaba una mano.

—¡Una mano!—objetó el marqués.—¡Y qué quereis que haga con ella?

—Vamos, despachad pronto.

—¡Hágase vuestra voluntad!—Murmuró el marqués, depositando un sonoro beso en la blanca mano de la princesa.

—De modo—continuó—que me arrojais.

—Ya os hacia lejos. Adios.

El marqués tomó el sombrero y el baston y se lió hacia atrás, enviando á la princesa tantos besos como pasos había desde la chimenea á la puerta.

Tan pronto como desapareció el marqués, la princesa lanzó un suspiro de tranquilidad y se dirigió á su secretér.

Ayudada la cabeza en la mano izquierda reflexionó algunos minutos.

—¿Qué harán esta noche?—se preguntó.—El uno está en Paris, la otra en el campo. ¡Bah! ¡La ocasión es magnífica para dejarla escapar! Escribamos. La casualidad hará lo demás.

## XXVII

A las seis de la tarde, poco más, cuando el capitán llegó al hotel de Branville, ya había salido el general.

Roberto cambió de traje y se arregló con coquetería como un mundano que se promete una agradable sorpresa para la noche. Después sacó de su secretér una llavecita, que contempló con atención. Aquella llave abría una puerta del muro que rodeaba la quinta de Bel Air, situada en un camino solitario que conducía cerca de Garches.

Al salir del hotel dirigióse á la calle de Londres, donde su amigo de Tresmes habitaba un entresuelo amueblado con todas las lujosas comodidades que pueden permitirse los celibatos ricos.

De Tresmes se entregaba á las dulzuras del sueño, tendido en un enorme sofá de esos que sirven á los rusos de lecho de reposo, y nosotros comenzamos á plagiarles.

Rodeado de una obscuridad coloreada por una luz atenuada por los cristales de colores de enormes ventanas, el teniente descansaba del rudo servicio del día.

La llegada de Roberto le despertó: al verle, se sentó sobre el sofá y se pasó las manos por los ojos.

— ¡Vaya una broma de mal género! ¡Venir á despertar á los que duermen!—dijo estirando los brazos.— ¡Vienes á comer conmigo?

— No. El general está en París y me espera á las siete y media en casa de Voisin para comer. Venite tú á comer con nosotros.

— ¡Qué me place la idea! ¿Ha venido solo?

— La condesa está en el campo. Tengo que pedirte un favor.

— Mucho me alegraré complacerte. Si es dinero, te diré que únicamente poseo trescientos francos. El bacarat ha sido muy duro conmigo, y la pensión de mis padres no ha llegado todavía.

— No se trata de dinero. Si te hace falta, yo tengo por los dos. Déjame esta noche á las diez tu caballo y dí á tu ordenanza que lo lleve á la plaza de San Agustín, frente al cuartel.

— ¡Querido Roberto, te adivino!—dijo de Tresmes amenazando con el dedo á su camarada.— Haz lo que gustes, pero me inquietas, sí, me inquietas mucho, y eso tiene que acabar mal, muy mal. El general puede enterarse de un momento á otro, y calcula tú el porvenir que á los dos os aguarda.

— Pero, ¿qué quieres decir con todo eso?

Una violenta contracción se dibujó en los labios de de Tresmes.

— Lo que quiero decir—contestó—es que os

perdáis irremisiblemente tú y esa desgraciada mujer que te ama y se entrega á ti por bondad, porque ha tenido piedad de tu exaltación y de tu locura. pues la mujer, por más virtuosa que sea, resiste difícilmente é no se resiste á una verdadera pasión; además, estoy seguro que en tu interior deploras la cobardía que cometes engañando á ese infeliz sér que se llama el conde de Branville.

— ¡Oh!—interrumpió Roberto—te suplico...

— Déjame hablar. Ya sabes la amistad que te profeso... y á ella también—añadió con un estremecimiento interior.— No soy un fraile capuchino amigo de sermonear, pero quiero advertirte á lo que te expones. En los salones se habla ya de lo que pasa; se murmura, se dicen al oído palabras que os conciernen. Yo sé, y tú también, quién ha lanzado los primeros disparos. Tu princesa, que vale menos que el diablo, conoce mejor que nadie el manantial de donde proviene. Ella detesta, aborrece á la señora de Branville, por atribuirle vuestro rompimiento—por este lado hay que confesar que no va descaminada—y no perdona ocasión para clavarla sus uñas de gata blanca.

Vuestros dos nombres revolotean unidos en su conversacion, y se ha dado tanta maña, que el público se ha acostumbrado á no dividirlos más. He visto que cuando pasais se hacen señas. Así, pues, una indiscrecion, voluntaria ó no, bastaria para poner al general sobre la pista del misterio. Y ahora te pregunto ¿qué pasará el día en que se descubriese to lo? ¿Concibes la horrible situación que resultaría? Lo que sucede de ordinario es tan natural, que el mundo está lleno de indulgencia

para los culpables. La edad del marido suele ser una excusa para las debilidades de la mujer; pero vosotros no estáis en esas condiciones. Al casarse el general con la señorita Desgranges, la devolvió una posición que ya no tenía, la levantó de una terrible caída, y de ahí emana la ingratitud que dobla, centuplica su falta. Tú, por otro lado, eres el Benjamín, el protegido, el hijo adoptivo del conde, y el mundo, indulgente con las adúlteras, te apedrearía ocultando su faz hipócrita. Y eso pasará infaliblemente. Yo te daría con mucho gusto un excelente consejo; pero estoy seguro de que no le seguirás.

—¿Qué debo hacer?

—No se trata de terminar con la condesa; eso sería exigir demasiado. Aléjate por algún tiempo; tu marcha acallará las suposiciones. Si te quedas, es una catástrofe en plazo breve. Tu pasión es demasiado viva para poderla disimular, y el día menos pensado descubres todo. Si por tí no temes nada, debes tratar de evitar un desastre al conde, que no podría sobrevivir á su deshonra. El te perdonaría tal vez, pues es bastante heroico para esta abnegación; pero moriría seguramente.

Roberto estaba abatido.

—¡Es una fatalidad!— murmuró— Eso mismo me lo he repetido yo más de cien veces. No puedo ocultarte nada. ¡Sufro como un condenado á muerte!... ¡Hay días en que siento haber conocido á Gabriela! Yo mismo me desprecio por mi cobardía, y sin embargo, no tengo valor para renunciar á ese insensato y censurable amor. ¡Apenas si me atrevo á presentarme ante el general...! Creo que va á

leer en mi rostro la odiosa traición que he cometido, y que mi secreto está escrito en cada uno de mis actos!...

Desde su marcha á *Bel-Air* debe parecerle muy extraña mi conducta, y hasta trato de no ver á Gabriela, porque no soy dueño, á su lado, de reprimir mi emoción. Las horas que con ella paso, son á la vez dulces y amargas, llenas de encantos y de temores. Quisiera vivir á sus pies y tiemblo de hallarme á su lado. ¡Las sensaciones de ella son las mismas! ¿Crees que no seguiré tu consejo?... ¡Te engañas! Todo me grita que debo seguirle. Dame esta noche de plazo... Voy á anunciar mi determinación á la condesa... Estoy seguro que aprobará mi proyecto y sostendrá mi resolución.

—Mi querido Roberto—objetó de Tresmes— las buenas acciones no deben jamás dejarse para el día siguiente; ten valor de una vez; renuncia á verla. Encárgame del mensaje. Yo le dulcificaré con las formas de la amistad. A los dos os quiero lo mismo. Me figuro y me doy cuenta de sus impresiones. Tú, mi capitán, tienes más edad que Gabriela, pero en cambio eres más loco y obras sin discernimiento. Déjame á mí. Si llora, tú secarás sus lágrimas con algunos pañuelos en forma de cartas en las que harás la descripción de tus viajes. Ese es el único partido digno de vosotros. ¿Estamos conformes?

—Con una condición.

—¿Cuál?

—Que me dejéis ir esta noche.

—¿Y si el general os sorprende?

—Imposible. Se marcha esta tarde á las sie-

te y cuarto para Pont Léveque, y no vuelva hasta mañana por la noche. Tengo, pues, todo el tiempo necesario para ver á Gabriela. Hablamos del porvenir. Nada te ocultaré y te prometo cumplir fielmente mi promesa. Esta vida de engaños é ingratitudes me desespera. Quiero terminar, y te doy mi palabra de honor de que lo haré antes de mañana.

—¿Me juras que es tu última visita?

—Te lo juro.

—¡La justicia levantará acta de tu juramento! Por esta noche soy tu cómplice. Toma mi caballo, mátales si te da la gana, aunque lo sentiría; pero sobre todo, ten cuidado con lo que haces, no sea que te vayan á sorprender.

—Que esté á la hora exacta en el sitio indicado.

—¡Exactitud militar!

—Pues ahora, vente á comer con nosotros.

—¿Es indispensable mi presencia?

—Por lo menos creo que me ayudará á tener la necesaria presencia de espíritu.

—Vamos, pues. Aprovecharé la ocasión para referir al general una historieta que te concierne.

—No me vayas á comprometer y . . .

—Al contrario, ¡si vas á quedar muy agradecido!

De Tresmes se puso una elegante americana, atusó un poco sus cabellos y barba, limpió con la manga su flamante sombrero de copa, y salió con el paso tranquilo de un hombre que está en paz con su conciencia.

Antes de salir De Tresmes, dirigió una mirada al espejo, y al tiempo de echar á andar, seguido de su íntimo, hizo girar su flexible

baston con extraordinaria agilidad entre los dedos de la mano derecha.

Esta era una señal en él, de satisfacción y contento.

—La suerte me favorece bastante —pensaba para sus adentros De Tresmes— y hago perfectamente en no querer más que los amores fáciles. ¡Cuidado con lo que dan que hacer esas mujeres virtuosas cuando no lo son por completo!